



## *Mírame a los ojos*

*Autor: Alberto Vega*

*Grijalbo, Santiago de Chile,  
Septiembre 2013.*

*2ª edición*

### **Pamela Chávez Aguilar<sup>1</sup>**

Tenía conocimiento de Alberto Vega como destacado actor chileno y había escuchado de su accidente en 2006, que le había dejado inmovilizado y sin habla, con lo que médicamente es llamado «síndrome de cautiverio». El encuentro con el libro llamó de inmediato mi atención; al abrirlo, su escritura en breves fragmentos permitió a mi mente agotada leerlo cautivada e intensamente, sin detenerme, en un pasillo de la Universidad, a la espera de mi próxima clase.

Como dice la nota inicial, el libro fue escrito «a lo largo de casi dos años de una manera muy particular: con los ojos de Alberto. Para ello, usó un equipo computacional que le fue especialmente adecuado por el Centro de Desarrollo de Tecnologías de Inclusión (Cedeti), de la Universidad Católica» (pág. 8). ¡Cómo no maravillarse de esta

---

<sup>1</sup> Profesora del Departamento de Filosofía, Facultad de Filosofía y Humanidades , y del Magíster en Bioética de la Universidad de Chile. [pchavez@u.uchile.cl](mailto:pchavez@u.uchile.cl)

escritura hecha con el movimiento de sus ojos, con la ayuda de la tecnología y la asistencia de personas a su alrededor! Tal método coadyuva a que el escrito resultante sea esencial, sin algo sobrante, auténtico y sincero, en que la economía de palabras denota una cuidada selección de ellas desde lo profundo de un alma que se abre y comunica, que se deja tocar en cada sílaba.

En sus 107 páginas, el libro narra diversos episodios que guarda la memoria de una vida, en diez capítulos que, comenzando por el accidente, transitan por recuerdos de la infancia, juventud y adultez del autor, adentrándose en experiencias interiores hondas nombradas como abandono, remembranzas, teatro, Dios, muerte, presente.

Entre los muchos temas y resonancias que la obra va abriendo –como el lugar filosófico y existencial de la visión– destaca su idea de la otredad, Dios y el tiempo. La dirección teatral, las clases de voz, la actuación, se vieron interrumpidas con el accidente que, como señala, le quitó sus instrumentos; pero el amor por este arte permanece y reflexiona sobre él en el capítulo «El teatro y la otredad»: *«el teatro es comunicación y relación pero, paradójicamente, es verdad, más verdad que la vida misma»* (pág. 81). El narrador conduce desde el carácter proyectivo propio del teatro, dirigido hacia el espectador, a la otredad que se manifiesta en la enfermedad y que, en definitiva, pertenece a la existencia humana:

*“Yo es otro”, creo que dijo Rimbaud. El otro es capital. Dependo de mis auxiliares de enfermería Clarita y Katya, de mis enfermeras Marta y Verónica, de mis amigos y familia. El otro es tan importante que me disuelvo en él.* (Pág. 82)

La dependencia actual se pone en relación con el carácter pro-existente de la condición humana, convocada a la alteridad, de la que el teatro aparece como una muestra privilegiada:

*Para mí el tú es trascendente: por treinta años hice teatro, cine y televisión; en estos momentos escribo este libro y hago una película, dirijo un concierto, trabajo con la verdad, todo lo hago para ti.* (Pág. 84)

La alteridad aparece también como una fuerte relación con Dios, especialmente presente desde un evocador pasaje de su juventud: *«me encontré con Dios en un sendero de flores amarillas»* (pág. 36). Dios aparece como el inefable, maravilloso: *«es el gran hacedor de sueños»* (pág. 87), pero en la proximidad interior de la amistad, alegría y protección; la enfermedad actual ahonda esa cercanía: *«Dios es mi amigo, me*

*cuida. Se me acercó después de mi accidente (...) después de mi accidente, Dios vino para quedarse»* (pág. 90s). La experiencia de la otredad se extiende a lo divino y lo humano: «*Dependo de otros: no solo de mis auxiliares de enfermería y mis enfermeras, sino también de los ángeles, de Dios, de mi kinesióloga, de mi fonoiatra»* (pág. 83). La vida y la oración unida a otros, parece llevar a un conocimiento muy firme de Él que el autor expresa con sencillez metafísica: «*Dios tiene un plan para cada uno de nosotros. Nos ama, somos a través de él»* (pág. 88).

El teatro y la enfermedad dicen también algo importante sobre el tiempo y lo efímero: «*como actor estoy en contacto con lo falible, algo termina después de cada función. Morimos con los aplausos»* (pág. 96); ambos parecen ponerle en contacto con la muerte de una manera natural y pacífica. El libro está marcado por la temporalidad: comienza con un acontecimiento, evoca el pasado haciendo más comprensible su significado desde el presente, proyecta un futuro que se adivina creativo y de fecunda actividad, concluye en un presente sereno, real, lleno de relaciones.

«*Mírame a los ojos»* es un libro que se agradece, significativo e inolvidable. Nos adentra en la hondura de la interioridad en que se redescubre la fuerza creadora del sí mismo, la vivencia de la enfermedad, la presencia de los otros y de Dios, la alteridad y dependencia constitutivas de la existencia humana, devolviendo al lector la integridad de esa existencia en cada palabra, en cada mirada.